

CRONICA DEL CLAUSTRO

Dr. Solón Polo

† en Lima, el 4 de septiembre de 1934.

Nuestro cuerpo docente ha sufrido una nueva pérdida: la del Dr. D. Solón Polo que falleció violentamente el martes 4 de septiembre, en momentos que ascendía las escaleras de su Despacho, en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Fué el Dr. Polo prototipo de lo que los americanos han denominado self-made-man. Nació en Chiclayo y muy joven, vino a Lima a seguir sus estudios de leyes. En 1890 ingresó al Ministerio de Relaciones Exteriores. Fué sucesivamente oficial de diversas secciones, jefe del archivo de límites y de la sección diplomática, oficial Mayor, que es el cargo de mayor preeminencia dentro de la jerarquía diplomática. Fué Ministro de Relaciones Exteriores en muchas oportunidades. En 1904 el Presidente Pardo le confió la cartera de RR. EE. y posteriormente ejerció las mismas funciones, desde 1906 hasta septiembre de 1908, de febrero a agosto de 1915 y de junio de 1933 hasta su muerte, que lo sorprende en el ejercicio de esa elevada función.

El Dr. Polo actuó también en otras misiones importantes. Fué nuestro representante en La Paz, en los años difíciles de 1909-1911, obteniendo la aquiescencia de Bolivia al laudo argentino. En 1914, fué secretario general de la Junta de Gobierno. En 1915, fué nombrado asesor jurídico de la Cancillería.

Era considerado el Dr. Polo como el archivo vivo del Ministerio. Conocía y manejaba admirablemente, todos los documentos de nuestra administración diplomática. Sus dictámenes como Asesor se caracterizaron por su versación, sagacidad e independencia.

Fué el Dr. Polo catedrático de nuestra Universidad. Dictaba los cursos de Historia del Derecho Peruano e Historia Internacional y Diplomática del Perú. Son cursos que corresponden al quinto año de jurisprudencia y la asistencia es menos numerosa. Alrededor de una mesa, exponía el Dr. Polo la lección y en seguida, conversaba familiarmente con sus discípulos. No lo consideraban sus alumnos, como un buen profesor, solamente. Era también paternal y venerable y se interesaba cariñosamente por la situación de cada uno de ellos.

Por haber sido un hombre que surgió por su propio esfuerzo, no olvidó nunca el Dr. Polo el estímulo para los mejores y el ascenso justiciero. Tuvo siempre presente el mandamiento cristiano de servir al prójimo. Simbólicamente, la muerte lo sorprende en el local de la Cancillería donde transcurrió su juventud estudiosa y su fecunda madurez; lugar que tuvo para él, caracteres de oficina, de hogar y de refugio y en cuyo servicio gastó sus mejores energías. En nuestra historia diplomática su nombre se vinculará a todo lo que signifique eficiencia, capacidad técnica y triunfo por el propio mérito.

El Dr. Polo estaba casado con la Sra. Dña. Carmen Rosa Cox. A ella y a sus hijos les expresamos los sentimientos de nuestra más sentida condolencia.

Homenaje al Dr. Víctor Andrés Belaúnde

Poco después del acuerdo a que se llegó en Río de Janeiro sobre nuestro conflicto con Colombia, fué nombrado ministro ante esa Nación el Dr. Víctor Andrés Belaúnde, delegado peruano en las Conferencias de Río y catedrático de nuestra Universidad, con tal motivo las instituciones católicas de Lima le rindieron un sencillo pero significativo homenaje, que se realizó en el teatro Princesa uno de los más modernos de la capital.

Estuvieron representados por sus respectivos presidentes, la Unión Católica de Caballeros, el Centro de la Juventud Católica, el Centro Fides, la Unión Católica de Damas, la Sociedad "Entre Nous" y la Universidad Católica del Perú.

Tomando la palabra, a nombre de esta última, el doctor J. de la Riva Agüero y Osma, se expresó en estos términos:

Ilmos. Sres.

Señoras y Señores:

Hablo en nombre y por expresa designación de la Universidad Católica; pero, aún cuando no hubiera recibido tan grato e ineludible encargo, deberes evidentes de amistad, obediencia a superiores y venerables indicaciones, y mi propio espontáneo deseo de concurrir a tan justo homenaje en honor de Andrés Belaúnde, me habrían decidido de todos modos a ser uno de los organizadores y mantenedores orales de la presente ceremonia. Y no es que yo tenga el afán de hablar en público. Muy al contrario. Procuero excusarlo cuanto puedo, conocedor de mis deficiencias esenciales y de lo tedioso que es para el conferenciante y para el auditorio hablar en vago, cuando no hay algo preciso y urgente por decir. Este es cabalmente el caso en que me hallo, porque me ocurren cosas que no quiero callar y de las cuales es la primera y más principal mi entusiasta congratulación a la ilustre personalidad de mi amigo Belaúnde, con motivo de la importante y significativa representación diplomática que lleva a Colombia. No es por cierto la primera vez que patentizo mi aprobación vehemente y mi admiración intelectual y moral por las obras de este mi amigo. Lo hice más de 15 años ha en 1918, cuando una fiesta periodística nos agrupó a los redactores y colaboradores del *Mercurio*, saludable revista de genuino nacionalismo, cuya larga y presente interrupción deploro más que nadie; y lo hice después en recientes años, cuando en 1933 me cupo la satisfacción de prologar sus magníficos discursos parlamentarios, y en especial su defensa de la religión del Estado, con que realizó los debates de la Asamblea Constituyente. Desde los claustros universitarios Belaúnde ha sido para mí uno de los más fraternales y entrañables amigos, y con frecuencia mi estimulador e iniciador mental en diversos estudios y variados puntos de vista. Como ya entramos ambos en la edad en que predominan los recuerdos, séame permitido evocar, no sin placentera melancolía, nuestros comunes estudios y recíprocas influencias. Al paso que Belaúnde en su tesis doctoral de derecho peruano confirmaba y divulgaba algunas de mis teorías sobre historia incaica, me llamaba la atención en sus conversaciones casi diarias sobre la extraordinaria importancia de las reformas administrativas del Virrey Toledo y la difusión de las misiones en la Montaña. Lo ocupaban entonces, no sólo por razón de oficio sino por señalada e irresistible vocación, nuestros problemas de límites y de historia diplomática; y conveníamos los dos, tras nuestros exámenes de la política externa peruana, que fuera de la cuestión del Sur, ahora por felicidad liquidada y en que hubo ardor y uniforme decisión, que en la dirección de nuestros asuntos exteriores no ha habido nada constante, sino la discontinuidad, el abandono y la incoherencia. Ignoro si el obligatorio optimismo oficial habrá modificado su criterio, pero recuerdo que hace quince años expresaba en un artículo, en términos cuyo tenor casi li-

teral retengo, que necesitábamos renunciar a los fáciles procedimientos de una política externa espectacular y contradictoria de la que hemos recibido duras y crueles experiencias, para asumir una diplomacia serena y circunspecta, pero firme.

En nuestra estudiosa juventud no atendíamos sólo a los problemas históricos, políticos y literarios, sino también a los filosóficos. Sentíamos la atracción de la Metafísica, la angustia de los últimos fines humanos. El me hablaba a veces de sus lecturas de Pascal y del enorme y encendido San Agustín, tan inquietante en su aguda y perenne modernidad. Yo lo seguía de lejos en estos derroteros, que iluminaban por lampos la lobreguez del estrecho positivismo que entonces me encarcelaba. Muchos años más tarde, cuando en la emigración nos encontramos en París, y él arremetía contra el filosofismo enciclopedista del siglo XVIII, yo que me sentía en el fondo bastante desengañado de las doctrinas de Montesquieu y de Voltaire, mis antiguas delicias, y que palpaba las consecuencias funestas y la esterilidad de sus sucesores en el siglo XIX, defendía aún a los patriarcas del XVIII con el ahínco que de ordinario ponemos en las inveteradas seducciones del entendimiento y la sensibilidad, cuando estamos a punto de romper definitivamente con ellas. En la escuela de ese siglo XVIII, fuente indudable del mundo contemporáneo, me fascinaba su ilusorio clasicismo, que hoy me parece débil remedo y apagadísima y yerta caricatura del auténtico clasicismo greco-romano. Me engañaba la mentida elegancia, que es mera frivolidad, y fué suicida esnobismo de incautos señores deslumbrados por la insolencia de un grupo de arrivistas pseudofilósofos, que eran en el fondo sus peores enemigos. Y algo menos me atraía la aparente generosidad filantrópica que es la blandura y laxitud disfrazada de abnegación, la beneficencia privada del impulso y la infinita amplitud de lo divino. Ese humanitarismo recrudecido en nuestros mis días suele ser anuncio de épocas sangrientas y crueles persecuciones, como sucedió con la Revolución Francesa, consecuencia directa de él, y como ocurre ante nuestros mismos ojos con las sublevaciones socialistas. Como rendía yo todo ésto y cuando discutía con Belaúnde, abogando por mis envejecidos maestros del siglo XVIII, me iban ganando el desencanto y el hastío de ellos. Arribé al fin a la lógica conclusión de todo este proceso, y volví plenamente convencido a mi religión tradicional, en lo que también me había precedido Belaúnde. El fenómeno de la conversión al catolicismo es frecuente, y si no debemos blasonar de ella, porque es gracia divina concedida de lo alto a los modestos, no somos tampoco lo encogidos e infelices que tendríamos que ser para ocultarla y avergonzarnos ruinmente de ella. Belaúnde con su habitual elocuencia ha narrado poco ha las conversiones de distinguidos brasileños. Quien ha vivido en Europa y ha leído conoce las que sin cesar acontecen en Italia y Portugal, y más aún en Francia y en Inglaterra, donde continúan por más de un siglo los efectos del movimiento llamado de Oxford, iniciado por Newman y Manning y una parte influyentísima de los anglicanos, dirigi-

da por el hace poco fallecido Lord Halifax y secundada por Lord Victor Seybour e innumerables catedráticos, se aproxima cada vez más a la iglesia de Roma y penetra en los propios umbrales de nuestro credo. Precisamente, lo que caracteriza nuestra edad es la abundancia de las conversiones individuales al lado de las apostasias de los gobiernos. No parece que nos damos aquí debida cuenta del resurgimiento católico. Algunos se preguntan, con sonrisa que pretende ser desdeñosa e irónica, como Belaúnde y yo nos hemos hecho creyentes y devotos. La respuesta es sencilla, y dentro de lo humano debería satisfacerlos ampliamente. Somos hombres de recta intención, de buena voluntad, que hemos procurado estudiar y que no hemos cometido el irremisible pecado contra el Espíritu Santo que consiste en cerrar con pertinencia los ojos a la luz. Asunto es éste tan grave y alto que no permite hablar de corrientes y modas intelectuales, siendo por su naturaleza perdurable y sempiterno, muy superior a toda ligereza y mudanza; pero acomodándonos a los noveleros; sentimientos de que muchos de nuestros adversarios hacen gala, podríamos contestarles que son ellos en su despectiva presunción los que se hallan lamentablemente retrasados, y que su trasnochado anticlericalismo es lugaréño, de mentalidad primaria y de cursilería inaguantable. Con verdadero alivio nos libertamos del peso muerto, en ideas y en obras, que constituye el triste legado de las precedentes generaciones irreligiosas, comenzando por la primera de la República.

Decía, señores, que en el mundo moderno, por desgracia, las instituciones y los países apostatan oficialmente, mientras las conversiones individuales se multiplican. El reinado social de Cristo Rey, por el que debemos trabajar, dista aún mucho de ser absoluto y pleno, y parecen al contrario acercarse los profetizados días de la gran impiedad colectivo. A primera vista diríase que es el Perú excepción de esta regla. Hemos logrado conservar por fortuna hasta ahora el principio de la religión del Estado, aunque es cierto que al propio tiempo ese Estado infringe por ley uno de los más terminantes preceptos del Evangelio, y con más celo defendido por la Iglesia Católica: la indisolubilidad del matrimonio. Bien sabemos como se ha aprobado, ampliado y promulgado el divorcio, llevándolo hasta extremos que no muchas naciones oficialmente arreligiosas admiten, y que perturban en lo más íntimo el equilibrio social. En la esfera de los sentimientos individuales subsiste la prevención volteriana, vulgarizada y degenerada hasta el punto de que asombra el cumplimiento en los varones de esenciales prácticas religiosas, y aún el uso, tan generalizado en los demás países, de seguir los hombres seculares con libro los oficios divinos en el templo, olvidándose de que nuestros abuelos lo hacían, y de que entre otros por ejemplo, lo acostumbró, no obstante su liberalismo muy circunstancial, el glorioso D. Manuel Pardo, cuyo centenario se celebra dentro de breves días.

Pero si descuidamos los preceptos, cabría decir que como nación ob-

servamos estrictamente los meros consejos de perfección cristiana. Y es exorbitante y merece la más severa reprensión en el Evangelio, ésto de extremar lo supererogatorio, cuando se desprecia y se viola lo obligatorio y esencial. Así, en nuestra vida pública y económica, no sin ironía se puede decir que nos hemos esforzado en dar cuanto teníamos, repartiéndolo entre los pobres o los que se antojan tales, y que con no menos rigidez cumplimos aquello de "a quien te quita el manto dale también la túnica." Por eso con frecuencia nos asemejamos en conjunto a un convento de frailes mendicantes en el secular e interesado concierto internacional. Hay ocasiones en que llevamos la dócil conformidad a mucho mayores extremos que los antiguos Estados Pontificios, los cuales, mientras conservaron cierta extensión, supieron defenderse con regulares bríos. Como no somos protestantes, no debemos interpretar la Sagrada Escritura tan al pié de la letra, sino atender a las explicaciones de la tradición y los Santos Padres. Y ya que he hablado de San Agustín, recordaré que en sus Epístolas, en su Ciudad de Dios y muy particularmente en su polémica contra Volusiano, el deudo de los antiguos emperadores Albino y Juliano, justificó el patriotismo hasta en sus últimas e indeclinables consecuencias. Nos exhorta a cumplir con el servicio militar, a amar a la Patria más que a nosotros mismos y a nuestros padres y familia, y nos inculca que el propio Salvador reconoció y legitimó los deberes cívicos y los del Ejército; y recordemos en efecto que Cristo no lloró en su vida sino sobre la inminente desolación de su patria terrena. Por todo ello estamos fundados, tanto por la calidad de ciudadanos como por la de católicos, para condenar el demoleedor internacionalismo revolucionario, que a las claras nos amaga y que nos es tan peligroso por la propia irreflexiva condescendencia de nuestro carácter nacional. Oigo que se difunde, aún por labios autorizados, la falsa y funestísima teoría de ser nuestras patrias americanas algo secundario, efímero y adjetivo, subordinado a no sé qué vaga y quimérica fraternidad humanitaria o continental. Hay que atajar esta falsa tendencia, y por lo mismo que somos hombres de conciencia y de fé, restablecer la verdad sin ambages. Hojeaba yo hace poco textos de antiguos escritores de nuestra habla, y tropecé con uno del purísimo hablista Fray Hernando de Zárate, vinculado a nuestra propia literatura vernácula, porque fué grande amigo y consejero de nuestro insigne historiador el Inca Garcilaso. Dice así el Padre Zárate, muy a nuestro propósito, en sus clásicos discursos de la Paciencia Cristiana: "Algunos hay que por tímidos y apocados sufren injurias y vituperio y luego lo ponen en cuenta a Dios, diciendo que lo hacen por su amor." Y el buen agustino fulmina a estos tales como a hipócritas, que es la especie de pecadores más condenados en los libros santos. Cierto que no todos ahora le pasan la cuenta de estas debilidades a Dios, sino que se las atribuyen al amor de la paz, a la confraternidad, a la justicia, o a cualquier otra idealidad. Pero lo que de veras hacen con ellas es desquiciar el senti-

miento patrio, el espíritu nacional, que es todavía, y probablemente será siempre, la indispensable base de la organización y moralidad del hombre civilizado. Las patrias históricas y particulares no serán sin duda eternas dentro de los actuales límites por las necesarias y cruentas vicisitudes de la historia, pero quien de propósito recalca y subraya su carácter efímero, lo que en realidad hace es debilitarlas, amortiguarlas y al cabo matarlas, preparando con ello cataclismos y crueles barbaries. La categoría de patria es substancial en la vida terrestre, por más que su extensión y modalidades cambien; representa la diversidad, la diferenciación inherente al sér, la variedad sin la cual la unidad es inerte e inorgánica. Hay entendimientos sobrado sutiles, almas generosas, modernísimas y refinadas, que no se contentan sino con la gran confederación panamericana o indoamericana. Yo confieso sin rubor y con legítimo orgullo mi inferioridad intelectual y afectiva, que no comprende esa subordinación a un todo confuso y utópico. Me siento y declaro específicamente peruano, y apruebo sin reservas, desde este punto de vista, la obra de nuestra Independencia. Antes de ella vivíamos incorporados en una grande y nobilísima nacionalidad, cuya tradición es hoy mismo lo único que nos une con los demás hispanoamericanos; pero era una patria demasiado extensa e indiferenciada, y si en lo moral y cultural debemos continuar dentro de esa comunidad que es nuestra apropiada atmósfera, en lo político, que constituye la soberanía, teníamos que recabar nuestra libre personalidad, fundada en razones geográficas, étnicas e históricas, inmensamente superiores a los meros marcos administrativos. Hemos ganado así en intensidad lo que pedimos en extensión, y esta ganancia, que es la única ventaja moral obtenida por nosotros en el siglo XIX, no podemos sacrificarla ante vanas ensoñaciones e incoloros y manidos lirismos. La historia nos ha formado en vivaces nacionalidades, que tienen evidentes semejanzas pero también desemejanzas incontrovertibles. Si el padre español fué uno, las madres indígenas fueron diferentes, extrañas unas veces y otras enemigas; y si ha habido desastres, la herencia es aún más irrenunciable, porque las desventuras obligan a más que las prosperidades y los triunfos. Yo no niego que sean previsibles y deseables confederaciones, que incluyan a varios de los actuales países; pero limitadas y no indefinidas y continentales. Y para cimentar a esas mismas federaciones regionales harían falta sacrificios que retemplaran y dieran el tono histórico creador, que por aquí aún no asoma. La hermandad de lengua y civilización no ha impedido el nacimiento de nacionalidades originales y fecundas, como se vió en Europa con las latinas, hijas del Imperio Romano. Cuando al contrario el conglomerado es laxo, por sobrado extenso, sobrevienen las decadencias hasta la extrema caducidad, como en el mismo Imperio Romano y en la China. El término nada envidiable ciertamente de cuerpos tan informes es la muerte por corrupción y por la anarquía bárbara. Nuestro ideal no puede ser ese.

Vais, amigo Belaúnde, en una misión de paz y de amistad que todos aprobamos. Conocemos vuestros esfuerzos en las recientes negociaciones de Río para obtener las mejores condiciones posibles. Hemos aceptado lealmente esos resultados, sin regocijo pero con sinceridad, porque sabemos que canalizan nuestras irrenunciabiles demandas dentro de un procedimiento legal y jurídico. Esas demandas no podemos abandonarlas sin merecer el estigma de país liviano, olvidadizo y bajamente pueril. Explicad a la opinión colombiana una vez más nuestra actitud, la del elemento de veras conservador y moderado del Perú, alejado igualmente de censurables efervescencia populares y de no menos censurables dejaciones egoístas. Saludad allí las venerables sombras de los patriarcas de nuestra escuela en la ática Nueva Granada, que proyectaron su influencia bienhechora y su ejemplo fortalecedor a través de la historia. Evocad lejanos recuerdos, porque sin ellos son imposibles el conocimiento, la estimación y la esperanza. Rendid pleitesía a la memoria del antiguo y caballeresco poeta y estadista Julio Arboleda, que hace más de 80 años vino desterrado por los radicales de su patria a vivir y enseñar en Lima, que aquí trató y fraternizó con los míos a cuya amistad correspondió debidamente; que habiendo comenzado por combatir a los jesuitas, abjuró como nosotros los errores juveniles, y defendió contra la tiranía del Presidente Hilario López a la misma Compañía de Jesús, les encargo la educación de sus hijos, y al frente de los ejércitos del orden recorrió impávido y victorioso los dilatados ámbitos del territorio de su patria, hasta caer en los nefastos montes de Berruecos asesinado a traición, como cayó después su egregio émulo y cautivo García Moreno, como cayó Portales, como sucumbieron soberbiamente tantos que quisieron contener el delirio revolucionario para regenerar y salvar a sus pueblos. Y no agrego a la espléndida nómina del martirologio hispanoamericano los dos nombres peruanos correspondientes, para no abandonar la serenidad que cuadra a este discurso. Saludad, también os lo ruego, las pretéritas memorias de los dos Caros, en cuyos escritos y ejemplos se nutrió y fortaleció nuestra juventud: la de José Eusebio, campeón de nuestras doctrinas, modelo de convertidos del filosofismo y del positivismo, y la de su incomparable hijo D. Miguel Antonio, que si bien en algunos escritos polémicos y hasta en las citas de su estudio sobre Olmedo mostró cierta prevención contra el Perú, porque todo ferviente patriotismo supone desemejanzas y exclusiones fecundas, fué para todos nosotros faro de luz y de fortaleza cívica que trascendía las fronteras y que en solemnes momentos del diferendo con Venezuela enseñó como se concilian la vigilante defensa de los derechos patrios con las transacciones que aconsejan la justicia y el bien entendido interés. Y en la historia reciente de Colombia comprobad como las mezquinas divisiones personalistas, que son habitual vicio y tenaz ceguera de nuestras derechas tan reacias al escarnio palpable, brindan fácil predominio a los comunes adversarios internos. Vuestras dotes, vuestra ilustración y vues-

tro sentido del honor nos son prendas Infalibles de que sabréis representarnos, y en estos momentos de concordia ser digno continuador del cumplidísimo diplomático Enrique Carrillo, a quien me complazco en rendir justiciero tributo de alabanza, porque supo aunar la discreción a la firmeza en los tiempos aciagos, cuando todas las pasiones rujían desencañadas. Os tocan más venturosos y tranquilos días. Estamos seguros de que sabréis granjearos la consideración que el Perú reclama y que vos y nosotros merecemos.

Viaje de la Delegación de la Oficina de Orientaciones de la Universidad Católica del Perú.

La Delegación partió el día 26 de Julio a las 8 de la noche por la Portada de Guía, a pocos momentos empezamos a dejar haciendas y pueblos, todos menos tranquilos que de costumbre y algunos más exigentes como Yangas en donde la policía nos fichó uno por uno. Después de cinco horas de camino llegamos a Canta que presentaba un aspecto poco común pues gran parte del perímetro de su plaza estaba jaloneada por los automóviles de los turistas. Los hoteles habían agotado sus reservas de habitaciones y no hubo más remedio que pretender dormir dentro del automóvil, azotados por un viento destemplado y penetrante aunque a la luz de una hermosa luna de nieve plateada.

A las cinco de la mañana del día 27 de Julio cuando empezaba el embanderamiento de la ciudad dejamos Canta. La volvimos a ver repetidas veces desde los múltiples caracoles que describe una empinada carretera de trazo caprichoso. El desayuno fue en Culluhuay. ¡Gran atención. Aunque algunos de mis compañeros tuvieron que ingresar a la cocina, para asegurar su desayuno. Continuó el viaje, a las nueve de la mañana tomamos la delantera a todos los carros que viajaban con nosotros y no sin antes haber prestado ayuda a un carro Ford, que había sufrido un grave desperfecto, pasamos delante del Hotel de la Viuda, aunque tentados por el fragante caldo de sesina que se nos ofrecía. A las doce del día estábamos en el hotel de Huayllay, el camino hasta allí fue precioso. Muchas lagunas de tono azul, verde y escarlata purísimo y subido, sobre las que describían su estela caprichosa la gran variedad de aves: Huachuas gentiles, blancas gaviotas, patos negros y tornasoles y entre todas la sin par pariona de plumas color carne. La cumbres heladas, la cordillera de Huarón, la Viuda, la iniciación de la Negra y la de la Blanca, picachos de rocas multicolor, aire transparente y cerros colorados sobre los que se tendían escalinatas de hielo.